

EL PROYECTO DE *LAS BIBLIAS HISPÁNICAS*

Prof. dr. Claudio García TURZA
Universidad de La Rioja
cilengua@cilengua.es

RÉSUMÉ El lenguaje humano, como todo lo humano, para ser comprendido, debe ser rigurosamente descifrado y estudiado. En el estudio de la Biblia, efectivamente, se exige el análisis histórico y literario, un análisis que habrá de llevarse a cabo a través de los distintos métodos y enfoques ofrecidos por la filología y críticas modernas. Un análisis que, consecuentemente, deben realizar quienes tienen la preparación científica para hacerlo, es decir, los profesionales de las materias humanísticas necesarias para abordarlo.

MOTS-CLÉS *Las Biblias Hispánicas*, filología, estudio

1. San Millán, la casa de la filología

El escritorio de San Millán de la Cogolla, destaca, ante todo, por la entrega de sus monjes y clérigos a una filología auténtica, a la filología en su esencia. A esa labor, con muchos siglos de tradición, que se dirige específicamente a aclarar, interpretar, desentrañar el sentido de los abismos de la intención creadora y comprender la totalidad significativa de un texto. A una orientación formativa, fundamental y sumamente exigente. Lograr la inteligencia de un pasaje y hacerse con el sentido global de un texto, ensanchar, así, el intelecto y el espíritu del intérprete sólo es hacedero, en efecto, tras abordar su examen desde una amplísima diversidad de cuestiones y de enfoques. Penetrar en los textos para discernir o discriminar, entender y valorar su contenido histórico o práctico exige la aplicación de las diversas ciencias al estudio de los textos y el empleo con ese fin de los diversos métodos y formas de la ciencia y del razonamiento humano. Y siempre sin olvidar que interpretar conlleva hacer accesible el pensamiento expresado,

especialmente el recogido en los textos antiguos por la diferencia histórico-cultural, que crea también distancias entre los hombres.

Lo he dicho ya en muchas y variadas ocasiones. Por encima de la cantidad, calidad, e incluso, antigüedad de los textos creados o copiados en el escriptorio altomedieval emilianense ha de valorarse la dedicación profesionalizada de sus monjes a las tareas filológicas. Sin ese objetivo constante de aclararse a sí mismo y aclarar a los demás el sentido y los significados de los textos no se habrían poblado, como es evidente, los grandes códices medievales de tantos materiales lingüísticos, imprescindibles para el conocimiento cabal de la historia de nuestra lengua (y de otras lenguas, como el euskera). Sin él, tampoco se hubiera producido en el taller glosográfico de la Cogolla, el primer intento sistemático, tan admirable, de escribir los textos iberorromances o, con mayor precisión, el mayor esfuerzo peninsular por sistematizar la creación de un alfabeto romance a la española. Y, en fin, sin él sería impensable el tesoro, que hoy contemplamos y podemos estudiar, de su biblioteca monástica (ahora, en las bibliotecas de la Real Academia de la Historia, el Monasterio de El Escorial, el Archivo Histórico Nacional, el mismo Monasterio de Yuso, etc.).

Así pues, defiendiendo aquí y ahora este modo de aproximación al texto, el filológico, por coherencia con la tradición intelectual emilianense, pero también porque estoy convencido de su necesidad actual, a mi juicio, incuestionable. Incluso el nombre, “filología” (últimamente bastante desprestigiado y desautorizado por muchos acaso porque, junto a su tradicional ambigüedad referencial, les evoca resultados y métodos que consideran obsoletos), no parece encontrar un sustituto suficientemente ajustado al propósito intelectual expuesto. Si en su lugar optamos por valorar sólo los resultados independientes de las distintas críticas modernas (crítica textual, crítica de las fuentes, crítica histórica, sociológica y antropológica, crítica literaria y retórica), corremos el riesgo de que en esta prestigiosa profesión del *ars interpretandi*, no haya nadie que recoja las síntesis de los estudios particulares, nadie que, tras un análisis objetivo, las interrelacione y, finalmente, las armonice a la luz del hábito cognoscitivo más alto, llamado en lo antiguo, con tan buen criterio, sabiduría.

2. La dimensión filológica del proyecto “Las Biblias Hispánicas”

Pues bien, aunque en el tercer párrafo me referiré a otra razón que aún considero de mayor alcance, el argumento que antecede (San Millán, la casa de la la filología), por su sólida entidad, bastaría para justificar la elección del proyecto “Las Biblias Hispánicas” como actividad prioritaria dentro del Instituto Orígenes del Español del Centro Internacional de Investigación de la Lengua Española (CILENGUA): será difícil encontrar otro proyecto que pueda competir con éste en la dimensión filológica pretendida.

En efecto, como ya lo he desarrollado en el nº 1 de la revista *Biblias Hispánicas*, se trata de un amplio objetivo científico que se articula básicamente en dos grandes líneas de investigación: a) las ediciones y estudios críticos, interdisciplinares, de los textos bíblicos, y b) la presencia e influencia de la Biblia en la lengua, las letras y la cultura hispánicas, dentro del marco histórico y cultural europeo y occidental.

2.1. En la primera de esas líneas, de enfoque tanto diacrónico como sincrónico, se incluyen, entre otras, las siguientes áreas temáticas:

- a) Las ediciones (paleográficas, críticas, filológicas) y estudios varios de las biblias medievales romanceadas en español (mss. del Escorial, BNM, RAH, etc.), siempre a la luz de las versiones análogas del ámbito románico y europeo. (*)
- b) Las ediciones y estudios de las biblias romanceadas en ladino, atendiendo tanto a los ladinamientos aljamiados en letras hebreas (Abraham Asá, Yisrael B. Hayim) como a los escritos con caracteres latinos (*La Biblia de Ferrara*). (*)
- c) Las traducciones españolas, modernas y contemporáneas, de la Biblia en las diferentes modalidades lingüísticas: peninsular septentrional, peninsular meridional, hispanoamericana en sus distintas variedades (Casiodoro de Reina, Cipriano de Valera, Felipe Scío, Félix Torres Amat, Nácar-Colunga, Cantera-Iglesias, *la Biblia de Jerusalén*, *La Biblia del Peregrino*, *La Biblia de las Américas*, *La Nueva Biblia de los Hispanos*, etc.), y todo ello, de nuevo, a la luz, imprescindible, de las otras versiones románicas (sobre todo, catalanas, portuguesas, italianas y francesas), europeas y del mundo

occidental. (*)

- d) Una nueva traducción al español de la Biblia: “La Biblia de San Millán”. (*)
- e) La historia de la exégesis bíblica en español, particularmente, las *Postillae* de Nicolas de Lyra. (*)
- f) Las ediciones y estudios de los textos parabíblicos romanceados (*La Fazienda de Ultra mar*, las biblias rimadas, el *Romanceamiento de los Macabeos* de Pedro Núñez de Osma, *La Biblia de Osuna*, etc.). (*)
- g) La edición y estudio de las glosas, latinas y romances, de los textos bíblicos glosados.
- h) La edición y estudio de los glosarios bíblicos latinos, españoles, sefardíes y europeos.
- i) La colaboración, imprescindible, de los teóricos e historiadores de la traducción e interpretación bíblicas.
- k) La colaboración, también imprescindible, de los especialistas en las fuentes de los textos originales traducidos (orientalistas, hebraístas, sefardistas, helenistas, latinistas), que se centrarán particularmente en la dimensión lingüística, retórica y literaria de la Biblia (géneros y estilística).

2.2. La segunda línea de investigación comprende, igualmente, objetivos de gran alcance. Así, cabe destacar:

- a) La historia de la Biblia vernácula en España y en los países románicos y europeos.
- b) La aportación de los textos bíblicos hispánicos a la historia de la lengua española desde la primera fase de su evolución hasta hoy. (*)
- c) La presencia e influencia de la Biblia en la literatura hispánica. (*)
- d) Y el peso, difusión, influencia y penetración de la Sagrada Escritura en la lengua, el pensamiento, las mentalidades, la política, el arte y la cultura de España, dentro del marco de la sociedad europea. (*)

3. La importancia de la Biblia como objeto de investigación

Pero la razón de mayor calado a que antes me refería, a propósito de la puesta en marcha de este proyecto en Cilengua, radica en el valor intrínseco de la Biblia misma, el libro más escrutado, sin duda, por el

hombre y, sin embargo, aún inescrutable. De él se han hecho innumerables valoraciones encomiásticas, que vendrían a resumirse en esta: es el libro más importante e influyente del patrimonio humanístico y cultural de Occidente. O en esta otra de Northrop Frye: La Biblia es el Gran Código de la cultura universal. A lo largo de la historia, en efecto, el artista ha impregnado sus pinceles en las historias, símbolos y figuras de los textos bíblicos; el músico ha ido tejiendo con sus armonías los versos de la salmodia; el escritor ha recreado las numerosas narraciones bíblicas, tantas veces interpretadas como parábolas existenciales; el poeta no ha dejado de interrogar a los misterios del espíritu, la vida o el amor, que animan las páginas de la Biblia; el pensador, en fin, o el hombre de ciencia, al reconocer que las tradiciones religiosas originadas en la Biblia pertenecen en rigor a la interpretación y valoración de la existencia humana en el mundo, fija su atención, a menudo, en los grandes principios y conceptos bíblicos, espirituales o morales, que han acabado siendo constitutivos de nuestra civilización. En este importante aspecto, me asalta el recuerdo de varios pensadores actuales, como Gianni Vattimo, postmodernos y cristianos culturalmente o algo más. En sus propuestas filosóficas, la negación de la metafísica con bases necesariamente ético-políticas, deja el puesto, en definitiva, a la entronización del amor, el amor tal como se muestra en el Cristo de los Evangelios, un amor que debería erigirse, sostiene, en la verdadera dimensión religiosa de nuestro tiempo.

Pero a mí, lo confieso, ninguna valoración del Libro por excelencia me impresiona tanto, y me invita a pararme a pensar, como la que formuló, convencido, Goethe: “El Nuevo Testamento es la lengua materna de Europa”. Porque desde niños respiramos realmente una atmósfera de vivencias y representaciones cognoscitivas que se ha generado con fuerza irradiante en las fuentes profundas de la Biblia. Así, como ha dicho recientemente Joan Francesc Mira: “Jesús de Nazaret y su madre María, su padre José el carpintero, sus compañeros Pedro, Jaime o Juan, Lázaro y María Magdalena, Poncio Pilato, y tantos otros nombres, son personajes que forman parte del imaginario popular europeo con más potencia y difusión que Hamlet, el Quijote o los hermanos Karamázov. Y las imágenes de la anunciación a María, del nacimiento de

Jesús en Belén, Pilato lavándose las manos, la crucifixión o la resurrección (o las visiones alucinadas del Apocalipsis), son escenas y temas narrativos no superados en difusión a través de los siglos”.

Nótese que hasta la forma habitual de evaluar y enjuiciar las acciones, los estados y las cualidades humanas mediante los llamados adverbios en *-mente* obedece, en gran medida, a la instrucción reiterada de Jesús, que Mateo narra en el capítulo quince, el de la crítica a las tradiciones. En efecto, el análisis de la propia conciencia, el afán por ver en los actos la intención con que se realizan, explica el crecimiento de los compuestos adverbiales *bona mente, sana mente > buenamente, sanamente*, aunque hubieran empezado a usarse antes.

¿Y qué decir de la expresividad conseguida mediante el recurso constante a la manifestación de acciones, pasiones o estados con frases como *hacer la pascua a alguien, echar margaritas a los cerdos, pasar las de Caín, rasgarse las vestiduras, llorar como una Magdalena, lavarse las manos, ver los cielos abiertos, poner el dedo en la llaga, predicar en desierto, echar sapos y culebras, dar coces contra el aguijón, sembrar cizaña, adorar a un becerro de oro, estar en Belén con los pastores, meterse a redentor, hacer algo en un santiamén, tener más paciencia que el santo Job, tirar la primera piedra, ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio, etc.*

También será útil reparar en la frecuencia abrumadora de exclamaciones, expresiones de lo circunstancial, dichos y refranes de origen bíblico: *¡Ángela María!, de Pascuas a Ramos, en menos que canta un gallo, otro gallo le cantara, de todo hay en la viña del Señor, donde Cristo dio las tres voces, de menos nos hizo Dios, ojo por ojo y diente por diente, es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja..., quien siembra vientos recoge tempestades, sin faltar una jota, adivina quién te dio, nadie es profeta en su tierra, médico cúrate a ti mismo, a vino nuevo odres nuevos, al César lo que es del César..., los últimos serán los primeros, nadie puede servir a dos señores, no juzguéis y no seréis juzgados, por sus frutos los conoceréis, quien a hierro mata a hierro muere, etc.*

O ¿Cómo podríamos mejorar el valor figurado que tantas veces y con tanta agudeza extraemos de la fecundidad temática de la Biblia a la hora de calificar, o descalificar, la complexión física y síquica de los demás: *es el chivo expiatorio, es un judás, un jeremías, el benjamín, un cirineo, un sepulcro blanqueado, el principio del fin, un gigante con pies de barro, la costilla de*

Adán, la sal de la tierra, más viejo que Matusalén, es una trampa saducea, está hecho un Cristo, un ceomo, un Adán. En fin, y nunca mejor dicho, es la Biblia en verso.

4. La Biblia como objeto de copia en el Monasterio de San Millán de Suso

Conviene recordar, por otro lado, que en el cenobio emilianense se copiaron entre los siglos X y XV varias biblias y libros bíblicos, que transmiten la versión de la *Vetus Latina* o de la *Vulgata* (así, los códcs. 2-3, 58 o 64bis de la Real Academia de la Historia). También se copiaron, por las mismas fechas, comentarios de distintos libros de la Biblia: “Los Morales de Job” y las “Homilias sobre Ezequiel” de Gregorio Magno o la “Exposición de los Salmos” de Casiodoro; además de bastantes textos ilustrados con la *Glosa Ordinaria*.

Pero entre todos ellos destaca la llamada hoy “Biblia de Quisio” y antes, “Biblia Gótica de San Millán”, el códice 20 de la Real Academia de la Historia, de principios del siglo X. Esta obra, escrita por una mano mozárabe, escapó de las razias efectuadas en la segunda mitad del siglo XVI para reunir en el recién fundado monasterio del Escorial lo más antiguo y valioso de los tesoros manuscritos de la Península. Quienes conocen bien las peculiaridades del contenido y las características graficofónicas de este códice comparten la opinión de que la primera de sus tres partes se ejecutó *hispane* y la segunda *hispanissime*. No extraña, por ello, que los benedictinos de la Abadía romana de San Jerónimo, para la elaboración de su monumental edición de la *Vulgata*, seleccionaran su texto como uno de los representantes más destacados de la tradición manuscrita peninsular (los otros códices elegidos fueron el códice hispano de Cava dei Tirreni, el complutense I. X y el toledano de la BNM, Vitr. 13-1).

Además, interesa mucho hacer notar, a propósito de esta Biblia de Quisio, que hacia 1600 un monje de San Millán, conocedor de su significación e importancia, aguzó su ingenio para realzar aún más, en cuanto a la antigüedad, a la que se consideraba ya entonces el producto más precioso de la biblioteca de la Cogolla. Su picardía (ascética y picaresca, una vez más, fusionadas en la historia de lo hispano) le llevó a añadir audazmente en el folio 144 una suscripción totalmente falsificada:

El *per-scriptum* donde figura Quisio, monje de San Millán, y la era 700, es decir, el año 662 (data a todas luces imposible); el sincronismo de un tal Martín, abad del monasterio; y un catálogo de abades. Los errores de las abreviaturas y el aire de letra falsificada que tiene el conjunto prueban sin lugar a dudas que tal atribución al año 662 es resultado de una o varias manipulaciones. Pero al mismo tiempo revelan, insisto, el interés por encumbrar singularmente el manuscrito que consideraban en la Cogolla más valioso y antiguo.

5. Necesidad de reducir el objeto de estudio

Así pues, recapitulando, en el Monasterio de San Millán, la casa de la filología, en ese lugar de las palabras y de la Palabra, abordamos decididamente el proyecto “Las Biblias Hispánicas”, por su exigencia interna de un quehacer filológico y por la importancia excepcional de su objeto de estudio tanto en el plano histórico como en el actual.

Ahora bien, ante las múltiples y heterogéneas tareas que impone el proyecto diseñado, parece realista y sensato dedicar prioritariamente los esfuerzos y recursos a algunas de las áreas programadas. Y, en virtud de objetivos suficientemente meditados, las áreas de investigación seleccionadas, aquellas que constituyen el objeto preferente de nuestra dedicación, son: a) las ediciones y estudios de los textos bíblicos y de la historia de la exégesis bíblica; b) las traducciones actuales de la Biblia, con estudios orientados hacia una nueva traducción científica y filológica de la Biblia (*La Biblia de San Millán*); y c) la presencia e influencia de la Biblia en la literatura española.

6. Reflexión final

Y termino con la siguiente reflexión. Este proyecto de “Las Biblias Hispánicas” que acabo de bosquejar, desde una vivencia confesional quizá se calificaría por algunos, en terminología del Mester, de “corteza”; pero para nosotros, para todos los que venimos apoyando esta investigación, forma parte del “meollo”. Es más, ni siquiera nos parece oportuno distinguir, desde nuestra perspectiva, entre lo determinante y lo determinado. La Biblia es también carne, letra, obra humana. Todos

consideramos incuestionable el núcleo de este predicado, “obra humana”, aunque bastantes no admitirían el adyacente “también”.

La Biblia se expresa en lenguas particulares, con palabras, por tanto, comprensibles a la humanidad; se expresa en formas literarias, en formas históricas, en concepciones ligadas a una cultura determinada. En el estudio de la Biblia es imprescindible tener en cuenta el modo de pensar, de expresarse, de narrar que se usaba en tiempo del hagiógrafo o de los sucesivos traductores. Han de profundizarse, con especial interés, los géneros literarios, pues la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos o en otros géneros literarios. Quede, pues, bien claro: si se ignora la identidad histórica y la personalidad propia de los autores o de los traductores, con sus facultades y talentos concretos, si se excluye esta dimensión carnal, humana, de la Biblia, se corre el riesgo de caer en el equívoco fundamentalista o en un vago espiritualismo o psicologismo.

Ahora bien, el lenguaje humano, como todo lo humano, para ser comprendido, debe ser rigurosamente descifrado y estudiado. En el estudio de la Biblia, efectivamente, se exige el análisis histórico y literario, un análisis que habrá de llevarse a cabo a través de los distintos métodos y enfoques ofrecidos por la filología y críticas modernas. Un análisis que, consecuentemente, deben realizar quienes tienen la preparación científica para hacerlo, es decir, los profesionales de las materias humanísticas necesarias para abordarlo.

Y ese es, precisamente, nuestro papel: impulsar y realizar los estudios centrados estrictamente en la explicación científica de la Biblia, en sus textos originales, en sus versiones y traducciones (especialmente españolas) y en su penetración, presencia y difusión en las letras hispánicas.